

EL AMIGO
DE LA INFANCIA

HEMEROTECA MUNICIPAL
AÑO LVIII
MADRID 18 DE ENERO DE 1931
NUM. 3



EL NUEVO HERMANITO

EL NUEVO HERMANITO

Mirad, mirad, dice la abuelita, qué hermoso hermanito os ha traído el nuevo año.

¿No os parece que es muy rico y muy mono?

Dadle un besito y queredle mucho desde este día. ¿Verdad que es muy guapito?

La hermana le mira con deleite y en su admiración exclama: Ay, queridito mío, tú serás mi muñeca, te querré mucho, te arrullaré y dormiré con dulces cantos.

Juanito no parece estar muy conforme. Hasta ahora ha sido el mimadito de la casa, y desde hace unos días todos los mimos y todas las caricias han sido para el recién nacido.

No, dice, mal humorado, no me gustan los niños tan pequeños, parecen tontos y no hacen más que llorar y tampoco se puede jugar con ellos.

Cuando ese tonto sea más grande, y pueda correr y jugar, entonces, bienvenido sea, por ahora no me gusta, es demasiado pequeño.



NARRACION HISTORICA

El tablado de Avila

Una tarde de Junio de 1468 cabalgaban por las asperezas del Guadarrama tres jinetes: el primero y el último, armados de punta en blanco bajo ancha sobrevesta de brocado, eran dos magnates castellanos; el segundo, vestido con traje de corte, y sin espada, era un niño de once años.

—¡Al galope, conde!—gritaba el último

de los magnates —Ved que el día se acaba y Avila está lejos.

—¡Mal hayan estas breñas y riscos, don Diego—respondía de mal talante el primero.—¿No veis que mi alazán corre como un gamo, y tropieza, y cae, y se levanta, para volver a tropezar y caer?

—¿Por qué me habéis sacado de casa de mi madre?—decía entonces el niño con acento de lástima.

—¿Por qué, señor?—contestaban a la vez los otros dos jinetes.—¡Porque mañana seréis rey de Castilla y de León!

El niño era D. Alfonso de Castilla y de Portugal, hijo del rey D. Juan II y de su segunda esposa doña Isabel; los otros jinetes eran el conde de Benavente y su deudo y amigo don Diego López de Estúñiga, principales corifeos de los nobles confederados contra el rey D. Enrique IV.

El día 5 del mismo mes de Junio se verificó en las afueras de Avila un suceso inaudito, que no tiene igual en los anales de ninguna nación europea, con haber sido todas, en diversas épocas, víctimas de la ambición y soberbia de magnates prepotentes.

En una llanura inmediata a la ciudad habían construido un alto estrado, tan alto que pudiera verse a larga distancia; estaba forrado de paño negro, simulando lúgubre cadalso, y en medio de él se alzaba un trono con la efigie del rey D. Enrique IV, vestida de luto y adornada de las insignias reales; alrededor de aquel simulacro se agrupaban muchos magnates, y abajo, rodeando el tablado, bullía innumerable muchedumbre de soldados y gentes del pueblo.

A las once de la mañana subió al estrado el arzobispo de Toledo, que entonces era don Alonso de Carrillo, y mandó leer en alta voz una alocución del pueblo castellano, en la que se pintaba con negros colores la conducta del monarca reinante y se pretendía demostrar la legalidad de su destronamiento, y acto continuo el arzobispo quitó la corona a la efigie; el Marqués de Villena, D. Juan de Pacheco, el cetro; el Conde de Plasencia, la espada; los Condes de Benavente y de Paredes y el maestro de Alcántara, las otras insignias Reales.

Cumplida tan extraña degradación, el simulacro regio fué derribado por D. Diego López de Estúñiga, entre la confusa gritería de los expectadores; y declarado vacante el trono, los magnates sentaron en él, rindiéndole pleito homenaje, a aquel niño de once años que el día anterior cabalgaba, entre dos nobles, por las abruptas montañas de Guadarrama.

—¡Castilla por el rey D. Alfonso!—gritaron los heraldos.

Y los clamores de la multitud se confundieron en el espacio con el ronco y estridente sonido de atabales y clarines.

Cuenta la Historia que el rey D. Enrique IV, cuando tuvo noticia, en Madrid, de aquella solemnidad ignominiosa, de aquel irritante desacato, exclamó con voz doliente y resignada:

—Agora podré yo decir aquello que dijo el profeta Isaias: «Crié hijos, e púseles en grande estado, y ellos menospreciaronme.»

Y volviéndose hacia los pocos leales servidores que le rodeaban, al saber que

Burgos y Toledo, las dos principales ciudades del reino, los dos primeros en Cortes, habiáanse declarado en favor de los rebeldes, añadió lastimosamente, con el enérgico lenguaje de Job:

«—¡Desnudo nací, y desnudo he de volver a la tierra!»

—
¡Pobre niño, de D. Alfonso!

El día 5 de Julio de 1468, al cumplir los quince años, fué encontrado muerto en su lecho, en el pueblo de Cardeñosa, cerca de Avila.

El cronista contemporáneo Diego de Valera explica la muerte de este modo:

«Como se sentase a comer, entre los otros manjares fuele traída una trucha en pan, que él de buena voluntad comia, comió della un poco; y luego en punto le tomó un sueño pesado contra su costumbre, fuese a costar en su a cama, sin hablar a persona, e durmió allí fasta otro día a hora de tercia...»

»E llegaron a él los de su cámara, e tentaron sus manos non le fallaron calentura, e como no despertaba comenzaron a dar voces, y él no respondió...»

¡El infeliz Príncipe murió, según este cronista envenenado.



LOS CENTIMOS AHORRADOS

Otón y Herminia recibían diariamente de su madre tres perras gordas para comprar su almuerzo.

Más como ambos niños eran económicos, guardaban su dinero hasta reunir algunos reales. Entonces compraban un cuaderno de papel, un juguete o plumas.

Un día estaba muy repleta la caja de ahorros.

—Yo tengo reunidos cuatro reales—dijo Otón.

—Y yo cinco—repitió Herminia.

—¿Qué vamos a comprar con ellos?

Debatían la cuestión; mas no pudieron ponerse de acuerdo. Por fin resolvió Herminia, que era muy golosa, comprar turrón, y Otón un caballo nuevo, pues el viejo había perdido la cola y una pierna.

Salieron de su casa, y cuando llegaron al mercado vieron a un ciego pidiendo una limosna en la esquina de una calle. Tenía el cabello blanco como la nieve, y sus vestidos estaban destrozados. Con voz conmovida dijo:

—¡Dadme un centimito que no he comido en todo el día! ¡Tengo tanta hambre! Estoy ciego y no puedo ganarlo: compadeceos de mí.

Otón y Herminia se miraron, preguntándose: «¿Nos decidimos?»

—¡Sí! Nos decidimos—exclamaron ambos a un tiempo, corriendo hacia el anciano a quien dieron todo su dinero.

¡Cómo se alegró el pobre ciego!

—Muchas gracias, queridos niños. ¡Qué buenos sois! Dios os pague el gran beneficio que me habéis hecho: ahora puedo comprar pan y ya no tendré hambre.

Los niños se alejaron saltando alegremente.

Cuando Herminia pensaba en los dulces que había querido comprar, decía:

—¡A ver! Ahora me los habría ya comido, no estaría tan alegre, y el pobre anciano tendría hambre todavía.

Cuando Otón miraba a su caballo sin cola ni piernas, decía:

—Aún me sirves para jugar, no necesito otro nuevo.

Y quería más que nunca a su inválido caballito.

¿Por qué pensaban y sentían así las dos inocentes criaturas?

Porque nada alegra y endulza el alma como el recuerdo de una acción benéfica.



PENSAMIENTOS

—
¡Cuán poca cosa es el hombre si no puede elevarse por encima de sí mismo

—
Para ser sabio el hombre necesita aprender muchos libros; para ser virtuoso le basta uno solo, El Evangelio.

—
Mientras más faltas veamos en otros, más tendrán otros que ver en nosotros.

—
No hay mejor manera, para ser el hombre muy perfecto, que llegarse a Dios,

—
Se debe a los niños la más alta reverencia.

—
Preparemos a los niños, según querremos que aparezca la Sociedad.

—
Enseñad a un niño y esculpís sobre mármol.

—
La escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia transforma el oro en plomo.